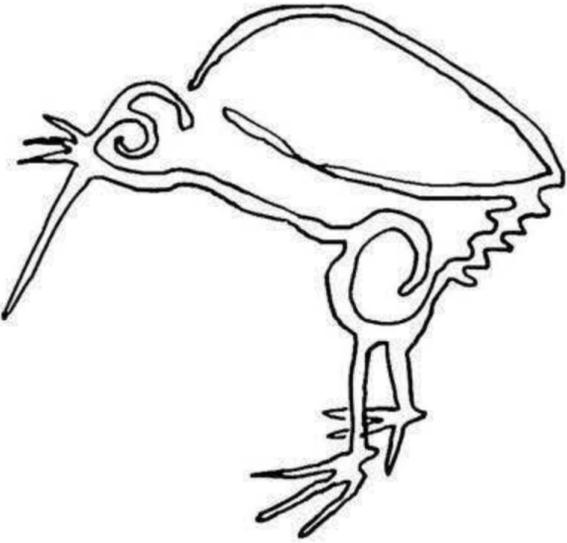


dido por el filósofo “con la alegría de quien constata que, a pesar de todos los contratiempos surgidos, no ha llegado tarde a la cita”, y quien hasta el término de su jornada llevó puestas sus espesas gafas de miope, como buscando definir los perfiles del mundo que dejaba y los nuevos que aún le pudiera preparar el final.



Con la muerte que narra, Cano Gaviria recupera el “sentido de vida” del escritor que en cada una de sus obras, muchas de ellas póstumas, inauguró un género literario. La invitación a la lectura de la novela del colombiano es a la vez un convite al conocimiento de la obra de uno de los escritores más fascinantes e inquietantes de nuestro siglo moribundo.

RICARDO RODRÍGUEZ MORALES

## Los últimos cuentos de Moreno-Durán

*Cartas en el asunto*

R. H. Moreno-Durán

Seix Barral/Biblioteca Breve, Santafé de Bogotá, 1995, 132 págs.

Cuando a Joyce le preguntaron sobre alguno de los avatares públicos de su país, pudo responder así: “No me moleste con política; a mí sólo me interesa el estilo”. El estado presente y desamparado de nuestras letras —pletórico de Darío Ángel, de Rafael Chaparro, de Adelaida Nieto— haría pensar que la

política fascina como nunca a los creadores; las páginas de los nuevos prosistas albergan tantas cacofonías que se precisa valentía y sordera para recorrerlas, y empujan al lector a los territorios menos extraños de otras generaciones. Por eso, es curioso que el último libro de ficciones de Moreno-Durán haya sido recibido en relativo silencio por la crítica. Montserrat Ordóñez ejerció una proverbial miopía en el *Magazín Dominical* (núm. 616, pág. 11); poca cosa se ha encontrado en otras publicaciones.

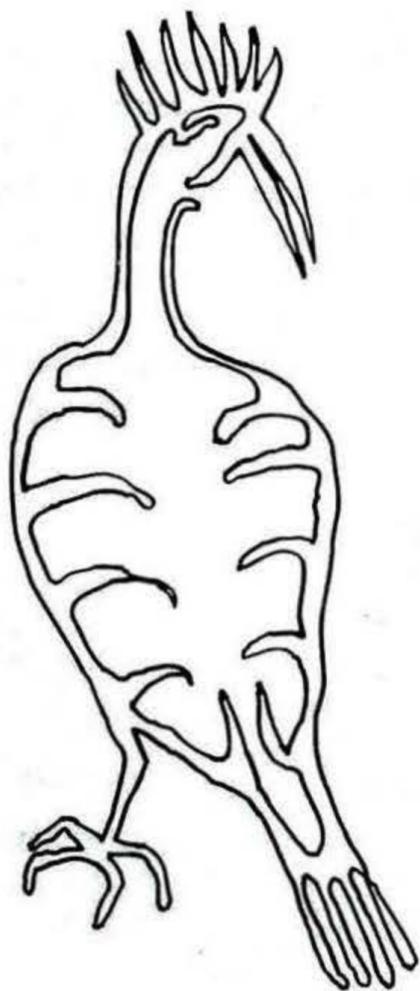
Seis relatos contruidos con cuidado forman el libro. Para el efecto singular que logran se valen de una arquitectura aceptable y de una prosa límpida, que, como la de Durrell, nos sorprende menos por novedades tipográficas o arbitrariedades sintácticas que por su precisión milimétrica y su manejo generoso del idioma. Los precede un prólogo que creo, salvo el párrafo que lo cierra, innecesario: funciona a la manera de las oberturas, entregando misivas de información que los relatos desarrollan posteriormente. Es, por parte de Moreno-Durán, una invitación paternalista y demasiado pródiga al explicar sus intenciones; es, desgraciadamente, un instrumento necesario que los textos de calidad deben entregar (nos hemos acostumbrado a ello) al perezoso lector colombiano. Porque lo que sigue a la obertura es maravillosamente ambiguo, porque la respuesta está apenas sugerida en algunos casos y en los demás negada de plano: Moreno-Durán se enfrenta al lector y lo enfrenta al reto de la participación y de la propia búsqueda; no quiere enfermarse de obviedad; evita, lo decía Baudrillard, la explosión de la información junto con la implosión del significado; escribe con la esperanza de que el lector sea más inteligente que el autor, de que conozca aquello que éste apenas parece intuir, y bien logra lo que pretende, particularmente en dos relatos: *Epístola final sobre los cuáqueros* y *El azar en la manga del tahúr*; éste último, superior a todos y que se llamó en alguna oportunidad *Los pronombres de la luna*, navega sin equivocarse por las tres personas narrativas del singular y entrega al cabo un cuadro completo y cerrado. *El extraño caso de Sofía Parkinson*,

primero de los relatos, cesa en una apertura todavía incómoda; los demás son tan concretos como *El azar...*; uno es más feliz que el siguiente, pero todos presentan esas dos satisfacciones: la ambigüedad reticente y el estilo trabajado. Entre ellos, *Nuestra señora de Lourdes* ha sido incluido en una reciente antología del cuento colombiano. La publicación es de la Universidad Autónoma de México.

En *Cartas en el asunto* he leído a un narrador seguro, perspicaz y amoral (como conviene a la literatura), de aquellos que llegan a confundirse con su obra: sus textos están siempre atravesados, pues, por las mismas obsesiones: la sátira implacable, el humor y la ironía, la situación irredenta de personajes que son, como el hombre que describió Gerald Heard, constantemente sexuales y perpetuamente promiscuos. En lo sexual son víctimas de la perversión; en su promiscuidad, del tedio. Moreno-Durán los pone a hablar con la crueldad de Virgilio Piñera, sin respeto por ellos pero con simpatía, y poco hace para evitar que desemboquen en el mismo objeto de casi todas sus metáforas, que acaso sea el objeto de *todas* las metáforas: el cuerpo femenino.

Pero estos temas, aunque inagotables, son ya conocidos. Hablar de ellos es un riesgo de la tautología y del lugar común. En cambio, creo encontrar en esta colección un sutil y menospreciado aporte técnico que pasó desapercibido a Ordóñez. En la nota a su comentario, se propone “averiguar por qué los títulos de los relatos de *Cartas en el asunto* sólo aparecen en el índice y no se repiten al comienzo de cada texto, lo que dificulta la lectura, y crea expectativas de una continuidad que no se cumple a cabalidad”. Ignoro qué tipo de continuidad es la que busca la reseñista: los relatos de Moreno-Durán son —tenían que serlo— organismos cerrados y acabados en sí mismos. Sin embargo, existe una línea subyacente y común a todos que, más que pretender unidad temática en la colección (como sucede, por ejemplo, con los *Dubliners* de Joyce), quiere proponer una realidad total, un cuadro más grande que contiene los relatos sin absorberlos. Por eso los personajes andan con asombrosa libertad entre los textos: por eso Ximena

Ibáñez, protagonista del segundo, es evocada en el primero; Lorena Camargo, mencionada en el cuarto, es desarrollada en el último; y el narrador del tercero es conocido por casi todos los demás. (Existe inclusive, en el quinto relato, una referencia a *Los felinos del canciller*). Por eso, en fin, los relatos carecen de título dentro del cuerpo de la obra: son las cartas que Moreno-Durán le pide al lector barajar y cortar como quiera: son los capítulos de una historia mayor, legibles en cualquiera y en todos los sentidos. Me gusta pensar que *Asumir la muerte contraria* (sexto relato) contenga fortísimos llamados a los personajes y la situación de *El extraño caso de Sofía Parkinson* (primer relato), entregando al lector nuevos elementos para elegir alguna respuesta. Me gusta pensar en la redondez final que eso otorgaría al libro. Cada lector encuentra siempre fórmulas en las que el autor ni siquiera había reparado.



La agradable edición de Seix Barral acentúa erróneamente algunas palabras (*dáde, des, díme*) y omite la acentuación en algunos pronombres que la requieren (tengo presente *aquella*, pág. 128). En cambio, escapa al doble espacio después de punto y aparte, nociva costumbre de Editorial Planeta que hace que

una página de mucho diálogo parezca un soneto mal impreso. Al cabo de ello, resulta que *Cartas en el asunto* es un libro arriesgado, de virtudes técnicas y estilísticas y de grata lectura. En él Moreno-Durán permanece fiel a sus convicciones cosmopolitas —la Bogotá que visitamos es esta ciudad y es otras, la Barcelona y el París de *Metropolitanas*—, a su apego al humor —su manejo satírico de los nombres recuerda a Gutiérrez Girardot— y a su afición simple, su eterno gusto por el oficio viejo de contar un cuento.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

## Mantener lo inexpresable tras el velo

### Su última palabra fue silencio

Gustavo Arango

Alcaldía Mayor de Cartagena, Instituto Distrital de Recreación, Cultura y Deporte; Cartagena, 1993, 116 págs.

Este libro de Gustavo Arango (Medellín, 1964) no es simplemente una aleatoria reunión de cuentos. Al terminar de leerlo queda una vaga sensación de que existe entre los diferentes escritos una unidad conceptual. Desde el primer cuento, que da el nombre al libro, nos encontramos con una propuesta que, con variaciones y ambigüedades, será una constante: la palabra presenta dos grandes estados: el oral y el escrito. El primero remite al diálogo, a la compañía, a compartir la existencia con otras personas. El segundo, por el contrario, crea un ambiente de pensamiento y reflexión que invita a la soledad, al silencio, al aislamiento interior. Sam, el protagonista del primer cuento, es un viejo que no pronuncia ni una sola palabra. Sin embargo, es escritor. El otro personaje del relato, una vieja que comparte las horas, con Sam, entiende la razón que lleva al viejo escritor a permanecer en silencio: "Entonces comprendí por qué Sam no me hablaba. Lo

que tenía para decirle al mundo estaba ahí, en el papel, y no hacía falta nada más" (pág. 8). Vemos que Sam es una especie de paradigma del planteamiento que hace Gustavo Arango.

La mayoría de los cuentos que conforman el libro giran interesadamente alrededor de esta oposición presentada al comienzo. En el cuento intitulado *El pensador de Rodin*, se narra la historia de un hombre que lucha por mantener un tiempo libre —dentro del caos de actividades cotidianas y tediosas— en el que pueda dedicarse a pensar. El arma que más se acopla a las necesidades de la batalla es el recuerdo. De esta manera, invocando tiempos pasados en los que aún podía dedicar sus mejores horas a la actividad que tanto le apasiona, *El pensador de Rodin* evade el mundo de la realidad cotidiana y, por tanto, gana aparentemente el combate. Sólo en apariencia pues todo es un sueño: "Y de pronto su tiempo terminaba y llegaba al trabajo o a la casa, esos sitios donde tanto lo esperaban y donde, como al despertar por la mañanas, le decían que había cosas importantes, lo obligaban a dejar sus incipientes pensamientos, sin siquiera asegurarse de poder recordarlos, y pedían que llenara el silencio con palabras" (pag. 25). El espacio creado por el mundo de los sueños y los pensamientos se mantiene en un silencio que debe ser roto en el momento en que el personaje regresa al mundo cotidiano, indicando de esta manera que, aunque por instantes se logre cierta libertad, lo que termina por imponerse es la realidad objetiva.

En uno de los cuentos más elaborados del libro, intitulado *El viaje*, se retoma la oposición inicial proponiendo, sin embargo, nuevas formas de expresarla. El título hace referencia no solamente a un viaje que realiza una persona en un tren, sino también a un viaje interior, que se desarrolla a través de un extenso diálogo entre dos instancias del mismo sujeto. Vale la pena extendernos en la siguiente cita, para ver claramente la definición del carácter de cada una de ellas: "—¿Para qué quieres una silla si estás pensando en que uno de los atributos es la posibilidad de no estar sentado en ella? —Para que deje de ser práctico y tú dejes de decir que dejaría de ser práctico y te quedas